

Exclusión, aislamiento social y personas sin hogar. Aportes desde el método etnográfico

Santiago Bachiller

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET) y Universidad Nacional Patagonia Austral (UNPA)

Este artículo se basa en un trabajo etnográfico realizado con personas sin hogar que residen en Madrid. Tomando las teorías sobre la exclusión social, y específicamente la noción de desafiliación, como eje estructurador, el objetivo de esta investigación consiste en analizar críticamente las visiones que equiparan al sinhogarismo con el aislamiento social. El trabajo de campo con personas sin hogar lleva a definir a la exclusión no en términos de aislamiento, sino de acuerdo a la socialización cotidiana en un contexto de precariedad extrema. El tipo de redes y arraigo territorial marcan el modo de exclusión que día tras día experimentan los *homeless*. Por último, el artículo destaca posibles aportes de la antropología, tanto en lo que respecta a los estudios sobre el sinhogarismo, como al diseño e implementación de programas destinados a los *homeless*.

1. Introducción

El propósito de este artículo es el de presentar la investigación doctoral que he realizado (Bachiller, 2008) basada en un trabajo etnográfico con personas sin hogar –en adelante PSH– que residen en una plaza de Madrid (España) –conocida como Plaza Isabel II, o Plaza Ópera–. El objetivo general de la investigación es analizar críticamente las visiones que equiparan al sinhogarismo¹ con el aislamiento social. Es por ello por lo que el concepto de desafiliación ha sido el eje en torno al cual se ha articulado el estudio.

En cuanto a la organización del artículo, en primer lugar me centraré en las tres variables que guían y estructuran la investigación: las teorías sobre la exclusión social, la dimensión espacial y los modelos de análisis sobre el sinhogarismo. En el mismo apartado, haré alusión a los aspectos metodológicos. Es de destacar cómo las visiones que subrayan el aislamiento de los ‘excluidos’ se han basado pura y exclusivamente en metodologías cuantitativas. En tal sentido, el método etnográfico posee un enorme potencial a la hora de obtener datos relevantes que ahonden en la complejidad y complementen la información existente sobre el sinhogarismo, que proviene mayoritariamente de encuestas a los usuarios de los recursos sociales para PSH.

En el segundo apartado, desarrollaré algunos de los aspectos más relevantes detectados en la investigación doctoral. En tal sección, se realiza una crítica a

¹ ‘Sinhogarismo’ supone una traducción literal del término *homelessness*, frecuentemente utilizado en el inglés. Considerando que la mayor producción académica sobre el tema se ha generado en Estados Unidos, los especialistas de la materia de habla castellana incorporaron dicho término como propio. Por otra parte, en el artículo se utilizan los términos ‘persona sin hogar’, *homeless* o ‘sin hogar’ como sinónimos.

los enfoques desafiliatorios, que identifican la exclusión con el aislamiento social o con la conformación de grupos de excluidos que residen en mundos sociales paralelos. De la desafiliación daremos paso a la reafiliación. Es decir, el trabajo de campo etnográfico con PSH lleva a definir a la exclusión no tanto en términos de aislamiento, sino de acuerdo a la socialización cotidiana en un contexto de precariedad extrema. El tipo de redes y arraigo territorial marcan el modo de exclusión que día tras día experimentan los *homeless*. Asimismo, en la sección se discuten otros supuestos que se desprenden del estereotipo central que equipara a la exclusión con el aislamiento –el nomadismo, la equiparación del sinhogarismo con la pobreza errante es un ejemplo al respecto–.

Por último, las reflexiones finales giran en torno al modo en que la antropología puede contribuir a los estudios sobre el sinhogarismo. Específicamente, en tal sección se destaca cómo algunos ejes centrales del proceso etnográfico –resaltar el punto de vista nativo; o priorizar el contexto, lo cual, en este caso, es sinónimo a sostener la necesidad de indagar en el entorno de calle como espacio cotidiano de las PSH– pueden ser muy útiles para quienes se dedican a diseñar e implementar programas destinados a estas poblaciones.

2. Exclusión social, espacio, sinhogarismo y metodologías de investigación

La primera variable básica de la investigación consiste en las denominadas teorías sobre la exclusión social. Éstas surgieron en Francia, por lo cual operan bajo el influjo de la escuela de pensamiento de Durkheim y sus reflexiones en torno a la anomia y la cohesión social. El contexto de desempleo que sufrió Francia en la década de 1980 moldeó estas teorías, las cuales identifican la exclusión con los quiebres que distancian a determinados sujetos o grupos del mercado formal de empleo y de los lazos sociales primarios (Paugam, 2007; Autès, 2004). Robert Castel (1997), principal exponente de estas teorías, liga a la exclusión con la desafiliación o el desmoronamiento de la sociedad salarial. El análisis sociológico de Castel apunta a la disolución del tejido social como consecuencia de la reestructuración del mercado de trabajo y del Estado social; la exclusión, en tanto sinónimo de desafiliación, es el espacio social donde se mueven los individuos desprovistos de recursos económicos, soportes relacionales y protección social. Estas perspectivas consideran que la pobreza urbana va de la mano del aislamiento; la reestructuración del mercado de trabajo, conjuntamente con los procesos de urbanización y modernización, ha conducido a la individualización, a una atomización que amenaza los lazos tradicionales de solidaridad social.

La mayor parte de los estudios sobre sinhogarismo han sido generados en Estados Unidos, y el aislamiento social de los *homeless* ha sido una de las perspectivas dominantes en ellos. Ya en 1936, los *homeless* eran descritos como “personas poco amistosas, aisladas de todo contacto social de naturaleza íntima y personal” (Snow y Anderson, 1993: 172). A principios de la década de 1970, Howard Bahr (1973) se convirtió en el investigador más popular sobre la materia, e interpretó al sinhogarismo en términos de desafiliación. Aclaremos que, a diferencia de Castel, en la obra de Bahr la desafiliación adquiere un tinte psicológico, pues la situación de calle se encuentra ligada a la personalidad del sujeto que padece los procesos de exclusión. De tal modo, en los inicios de la reflexión académica sobre el tema, los factores destacados fueron el nomadismo, el desarraigo y la ausencia de una familia. Hasta la década de 1980, el aislamiento social fue el aspecto predominante; debido a los procesos de desinstitucionalización psiquiátrica, gentrificación y a las políticas de ajuste fiscal, a partir de los ochenta, la variable residencial pasó a dominar la escena (Shlay y Rossi, 1992). Sin embargo, el supuesto del aislamiento social continúa presente en la mayoría de los estudios contemporáneos².

A pesar de provenir de tradiciones distintas, las teorías sobre la exclusión social y gran parte de los modelos de interpretación del sinhogarismo coinciden en un punto: ambos parten del supuesto del aislamiento social. El éxito de estos discursos ha llevado a poner un acento tan desmesurado en los quiebres de los vínculos sociales que ha dificultado la posibilidad de comprender cómo ciertos lazos sociales persisten pese al entorno desfavorable –más de una PSH continúa ligada con algunos integrantes de su familia–. Al centrarse en ‘la caída’, en la disrupción abrupta de una supuesta normalidad que sumerge en la exclusión a los denominados ‘nuevos pobres’, estos relatos obstaculizan la posibilidad de indagar en aquellas personas para quienes la exclusión es un lastre que se transmite de generación en generación. Pero sobre todas las cosas, el énfasis en las rupturas ha supuesto silenciar los procesos de reafiliación o recomposición de las redes sociales en el contexto de exclusión residencial.

² A partir de la década de 1970, la antropología social realizó su aporte más significativo a la materia. Basándose en el método etnográfico, el énfasis residió en analizar la vida diaria en la situación de calle, caracterizar las tácticas de adaptación que desarrollan los ‘sin hogar’ y demostrar cómo dichas tácticas se asocian con la conformación de redes sociales (Spradley, 1970; Rosenthal, 1994; Liebow, 1993; Snow y Anderson, 1993). En España, la investigación sobre el sinhogarismo es bastante reciente. Existen informes realizados por entidades como el Samur Social, fundaciones como San Martín de Porres, Arrels, Rais o Solidarios para el Desarrollo. Entre los estudios académicos, destaca la labor de Pedro Cabrera (1998), Manuel Muñoz (*et al.*, 2003) y María Sánchez Morales (1999).

Paradójicamente, en ciertas ocasiones los estudios basados en la desafiliación dan un giro y reconocen la sociabilidad de quienes califican como excluidos. Entonces, la imagen del ser solitario es reemplazada por otra igualmente estereotipada, que sostiene que estos grupos se conforman a partir de lógicas diametralmente opuestas a los valores que rigen al conjunto social. De hecho, es frecuente que las definiciones sobre la exclusión social surjan a partir de la caracterización de grupos que, en los inicios mismos de la investigación, fueron definidos como excluidos. Es decir, las definiciones sobre la exclusión varían de acuerdo a si el eje de análisis se centra en ‘los toxicómanos’, ‘los gitanos’ o ‘los inmigrantes’. Procediendo de tal modo, son las ciencias sociales las que diseccionan a estas poblaciones del conjunto social, las que etiquetan y estigmatizan a dichos grupos en tanto ‘excluidos’, las que promueven las visiones de subculturas y mundos paralelos. Así, las interpretaciones se tiñen de características valorativas y normativas: dichas poblaciones son juzgadas en función de cuánto se distancian de determinados criterios de ‘normalidad’ –respecto de pautas de consumo, de parámetros familiares o de usos del espacio público, por ejemplo–.

Intentando escapar de esta lógica, en la investigación se privilegió la dimensión territorial. La cuestión pasó entonces por ver qué podía expresar la variable espacial sobre los procesos de exclusión, sinhogarismo y desafiliación. Tomando al territorio como protagonista, se abordaron dimensiones como los esfuerzos realizados por las PSH encaminados a controlar la porción de espacio público donde residen, o el espacio público en tanto ámbito de sociabilidad. El análisis espacial también condujo a dudar sobre las definiciones y clasificaciones, permitió comprender que la figura del ‘sin techo’ –quien literalmente duerme en la vía pública– es sólo la punta de un iceberg que se alimenta de situaciones menos extremas, como son otras formas de sinhogarismo en las cuales el sujeto encuentra un techo bajo el cual refugiarse temporalmente³. Asimismo, las perspectivas desafiliatorias que destacan el aspecto gregario, por lo general sólo se preguntan por las conexiones en el interior del grupo que previamente fue definido como ‘excluido’, sin evaluar la interacción de los integrantes del grupo con la población general. De tal modo, los códigos internos mínimos y propios del grupo de calle son exagerados e interpretados como leyes que reglamentan la vida de un

mundo social paralelo. Por el contrario, la ventaja que posee un análisis territorial es que se preocupa por los contactos barriales, pero ampliando su radio de interés e indagando no sólo en la interacción entre las PSH, sino también en los vínculos con determinados vecinos que viven o trabajan en la zona.

El objetivo general de la investigación consistió en analizar críticamente las visiones que equiparan al sinhogarismo con el aislamiento social

En definitiva, a partir de un estudio etnográfico con un grupo de PSH que reside en la Plaza Isabel II de Madrid, el objetivo general de la investigación consistió en analizar críticamente las visiones que equiparan al sinhogarismo con el aislamiento social. Al pretender indagar en la relación entre redes sociales y procesos de exclusión residencial, la noción de desafiliación se constituyó en el eje articulador.

En el plano metodológico, lo primero que se ha de destacar es que el trabajo de campo comenzó a principios de 2004 y concluyó a fines del 2007. Los estereotipos con los que inicié el trabajo de campo fueron importantes para delimitar posteriormente el objetivo de la tesis en torno a la sociabilidad de las personas sin hogar. En los primeros meses, esperaba encontrarme con PSH solitarias; estos supuestos se vieron reforzados al leer la bibliografía más relevante sobre el tema. No obstante, la observación en el terreno mostraba una evidente tendencia a congregarse. Por otra parte, la perspectiva etnográfica me llevó a delimitar mi atención en un espacio y un grupo concreto; así, las PSH que residían en Plaza Ópera se constituyeron en mi unidad de análisis⁴.

Probablemente, el principal aporte de la investigación a los estudios sobre el sinhogarismo consista en haber privilegiado el contexto de calle sobre los recursos sociales. En España, la información existente posee un límite metodológico: prácticamente la totalidad de los datos han surgido a partir de encuestas o, en el mejor de los casos, de entrevistas

³ La etnografía ilumina la diversidad de una realidad social que es simplificada al apelar a etiquetas como las de ‘desafiliados’, ‘transeúntes’, ‘sin techo’, o incluso ‘personas sin hogar’. El sinhogarismo debe ser entendido como un fenómeno amplio, que trasciende el mero pernoctar en la vía pública. Por lo general, equivale a un proceso con permanentes entradas y salidas de la situación de calle, antes que a un estado continuo de vida a la intemperie. Lo que persiste es una condición de vulnerabilidad que se expresa en la figura del sin techo cuando las desgracias arrecian, y en la de un sin hogar –en sentido amplio– en los períodos de bonanza.

⁴ En líneas generales, el grupo estable de Plaza Ópera consiste en unos ocho hombres. Se trata de españoles, cuya edad oscila entre los 50 y los 65 años, con un estado físico bastante deteriorado, producto de una estada prolongada en la situación de calle y las altas tasas de ingesta alcohólica. A dicho grupo ocasionalmente se integran otras personas, que abandonan el sitio por distintos motivos –escapan del contexto de calle, se mudan a otra ciudad, a otro espacio dentro de Madrid, o ingresan en algún albergue para PSH–.

estructuradas a usuarios de los recursos sociales para PSH. La información obtenida a partir de una encuesta a un usuario de un recurso social es un dato que suele carecer de una dimensión central: el contexto en el cual se desenvuelven las conductas y que moldea las interpretaciones sobre el mundo social. Y el contexto cotidiano de las PSH, estén alojadas en un recurso social o no, es la calle. Las subjetividades y la sociabilidad de las PSH se conforman a partir de la experiencia diaria en la vía pública; los códigos propios de los grupos de PSH no pueden ser recreados en toda su dimensión si no tomamos a la calle como eje de análisis (Koegel, 1998). De tal modo, la tesis supone un intento por complementar los datos existentes a partir de las metodologías cuantitativas con un enfoque cualitativo centrado en la observación participante.

Por otra parte, las imágenes de aislamiento en buena medida son consecuencia de las metodologías con las que han trabajado los teóricos de la desafiación. Un ejemplo al respecto pasa por recordar el excesivo énfasis que los precursores de la desafiación han puesto en las instituciones clásicas. Estos estudios miden el nivel de afiliación de las PSH a partir del contacto que cotidianamente sostienen con instituciones básicas como la familia, el trabajo, los sindicatos o las iglesias. Luego comparan tales niveles de contacto con lo que ocurre con otras poblaciones, para finalmente corroborar que nos encontramos frente a seres desafiados. Sin embargo, cuando adoptamos una técnica como la observación participante, somos capaces de detectar otro tipo de conexiones. Entonces, localizamos redes informales, como las barriales o las ligadas a la economía informal. Estas redes podrán ser tenues, pero de hecho existen y son vitales para la subsistencia y adaptación cotidiana de las PSH. Por último, la observación participante supone un análisis diacrónico, y el análisis procesual permite considerar una serie de cuestiones que difícilmente puedan ser captadas en una encuesta. Esto es lo que ocurre con la inestabilidad de sus vidas y, más específicamente, de sus sociabilidades, en función del espacio residencial; lo mismo sucede a la hora de considerar los ajustes psicológicos en función del tiempo de calle –cómo la persona se va amoldando a la situación de calle y le es cada vez más difícil escapar del sinhogarismo (Snow y Anderson, 1993)–.

3. Principales resultados

El trabajo de campo etnográfico conduce a relativizar los discursos que asocian a la exclusión con la disolución de las sociabilidades. Es cierto que más de una PSH opta por moverse en solitario; no obstante, la mayoría se integra temporalmente en grupos de *homeless*, así como entra en contacto con algunos de los vecinos del barrio donde se han instalado. Los enfoques que destacan el aislamiento,

organizados en torno a encuestas, toman la desafiación como una variable discreta, fomentando las visiones dicotómicas expresadas en términos de incluidos/excluidos. Pero cuando consideramos la desafiación como una variable continua, el panorama es otro: existen múltiples formas de estar ‘dentro’ o ‘fuera’ de las distintas dimensiones que componen la realidad social.

Si bien los procesos que desembocan en una situación de calle implican el quiebre de muchos vínculos afectivos, estas afirmaciones deben ser relativizadas. El cuadro que sostiene una equivalencia entre el sinhogarismo y la ruptura familiar debe contemplarse en su complejidad. En primer lugar, muchas PSH conservan parte de sus relaciones sociales con algunos de sus familiares. En segunda instancia, la observación participante confirma lo planteado por Rosenthal (1994): la distancia familiar es, en gran medida, producto del estigma y de la incapacidad de reciprocidad. Las PSH suelen relacionarse con individuos que, al igual que ellos mismos y sus familias, provienen de los sectores populares. De tal modo, es difícil que las ayudas que aportan tales conocidos permitan romper el círculo de exclusión. En ciertas ocasiones de precariedad, la expulsión de un miembro es la forma que encuentra el conjunto familiar de preservarse. A pesar de ello, es común que el sujeto reencauce parte de sus lazos cuando avanza de la zona de exclusión a la de vulnerabilidad. Es decir, como consecuencia del estigma asociado con la condición de ‘sin hogar’, las épocas donde la persona pernocta en la vía pública equivalen a la mayor distancia familiar; por el contrario, cuando encuentra un techo bajo el cual refugiarse, las relaciones son más próximas.

Asimismo, las PSH establecen relaciones en el nuevo territorio de residencia. En consecuencia, en la investigación se privilegiaron los procesos de reafiliación asociados con el ambiente de exclusión. Pretendiendo caracterizar la sociabilidad de las PSH, se consideraron las redes que esta gente establece en el barrio donde se ha instalado. De hecho, se argumenta que dichos vínculos sociales son el principal recurso que disponen para su subsistencia y adaptación cotidiana, tanto en el ámbito material como emotivo. Es en el barrio, y gracias a la interacción con quienes disfrutan de un hogar, que muchas de estas personas logran la subsistencia. Sus redes, basadas en la economía informal, se despliegan en dichos territorios hasta tornar imposible escindir la economía de las redes sociales de los *homeless* (Snow y Anderson, 1993). Las relaciones con los vecinos que residen en la zona, con los comerciantes y empleados que trabajan en los alrededores demuestra que la conexión no se circunscribe a ‘los grupos de excluidos’. Más aún, los *homeless* expresan una necesidad de asociarse con quienes disfrutan de un domicilio. Y ello se debe no sólo a las tácticas materiales gracias a las cuales satisfacen su

subsistencia, sino también a la sensación de ‘normalidad’ ligada a la inclusión en las dinámicas barriales (Rowe y Wolch, 1990).

Pero no es posible llegar a tales conclusiones partiendo del supuesto de la desafiliación, menos aún definiendo la exclusión sobre la base de un determinado grupo social. Al delimitar los contornos de la exclusión a partir de una caracterización de las ‘comunidades de *homeless*’ o de las ‘cuadrillas de toxicómanos’, restringimos la percepción en las relaciones en el interior del grupo, sobredimensionamos los códigos que rigen a dichas agrupaciones. Por el contrario, al tomar al espacio como eje de análisis, lo que observamos es que, si bien ‘los desafiados’ cotidianamente interactúan entre sí, también lo hacen con empleados de seguridad, barrenderos, con quienes atienden en los comercios de la zona o con porteros de edificios.

Los recursos sociales son percibidos como espacios degradados y degradantes de los que es preciso desligarse

Al indagar en los lazos territoriales, se tuvo en cuenta el contacto con los recursos sociales para PSH. Algunos *homeless* circunscriben su subsistencia cotidiana a la vinculación con ciertos albergues o comedores, y más específicamente con determinados empleados que allí se desempeñan. Sin embargo, lo más frecuente es que las PSH adopten una actitud utilitaria y distante frente a dichos servicios. Una vez más, el estigma condiciona las sociabilidades (Snow y Anderson, 1993). Sus rechazos traslucen un imaginario donde los recursos sociales son percibidos como espacios degradados y degradantes de los que es preciso desligarse. Pero la etnografía ilustra la distancia entre lo dicho y lo hecho: a pesar de los esfuerzos por separarse discursivamente de estos ámbitos, la mayoría de las PSH se ven forzadas a aproximarse a los comedores para alimentarse, a los roperos para encontrar abrigo, a las duchas públicas para asearse.

Destacar la existencia de redes sociales no debe conducirnos a imaginar que éstas satisfacen las necesidades de las PSH; de lo contrario, relativizaríamos la tragedia cotidiana de verse forzado a vivir en la vía pública. Las relaciones sociales existen, pero se recomponen en un entorno de exclusión. La calle, en tanto ámbito de residencia, posee sus dinámicas propias, es un espacio que condiciona las sociabilidades. Así, los vínculos que la comunidad domiciliada establece con quienes viven en las calles de sus barrios suelen encuadrarse bajo una

lógica jerárquica, paternalista, marcada por el estigma y el asistencialismo. De la sociabilidad pasamos a la socialización: los años en situación de calle llevan a que la PSH adopte un patrón de victimización, donde la forma de subsistir se reduce a reproducir la imagen de ‘un pobre hombre desvalido’. Dicha socialización también afecta a los vecinos de buena voluntad, a quienes repiten su papel de proveedores de recursos materiales como almas caritativas que, de vez en cuando, se permiten recriminar a ‘un hijo descarriado’.

La enseñanza de la calle es que el *homeless* es un ser vacío, sin nada para dar, sin utilidad social, un mero receptor de la solidaridad o desprecio ajeno. Las ayudas que permiten la subsistencia de esta gente, centradas en los contactos barriales, llevan a que todo lo que el *homeless* gana en el plano material lo pierda en lo que a su autoestima se refiere. Además, es común que los vecinos se cansen de sostener el rol de benefactores, mientras que los empleados de los comercios que les prestan ayuda cambian de trabajo. En dichos casos, la PSH pierde sus fuentes de apoyo. En consecuencia, las redes de los *homeless* suelen ser erráticas, oscilan como una metáfora de sus propias vidas (Rowe y Wolch, 1990). El *sinhogarismo* es sinónimo de una enorme dificultad para planificar, no sólo por la escasez de recursos y porque los apoyos con los que se cuenta son insuficientes, sino también por las características del territorio en el que residen: el espacio público, siempre abierto al cambio y a la circulación, aporta una fuerte sensación de inestabilidad. La calle enseña a vivir el presente, a despreocuparse de un futuro sobre el cual el sujeto no parece poder incidir; ello atenta contra las posibilidades de superar la situación de extrema exclusión.

Al centrarnos en los problemas asociados con las adicciones desde una perspectiva etnográfica, tomamos conciencia de cómo las redes sociales y los procesos de exclusión se encuentran indefectiblemente ligados; pero dicha relación no necesariamente se expresa en términos de aislamiento social. Por el contrario, determinados bares de la ciudad se convierten en espacios de ayudas, donde el *homeless* funda una serie de solidaridades no sólo con el dueño o empleado del comercio, sino también con ciertas personas que viven o trabajan en la zona. Si alguien pretende abordar con éxito la rehabilitación de quien presenta altas tasas de ingesta alcohólica, debería ampliar su radio de acción considerando las sociabilidades que se generan en tales ámbitos. Es en dichos bares, o en las rondas de cartones de vino que se celebran diariamente en la Plaza Isabel II, donde las PSH han conocido a más de un vecino. Estos entornos ligados al alcohol suponen un ‘espacio de reclutamiento de potenciales *homeless*’. Cuando un vecino que comparte su afición por la bebida con las PSH de la zona cae en desgracia, es a Ópera adonde acude al comenzar su estadía en la calle.

Tras el objetivo de profundizar en los procesos de reafiliación, se indagó en las redes de PSH y las consecuencias propias de años de socialización en la vía pública. Estudiando la relación entre los *homeless*, se torna posible dar un nuevo paso en el análisis de los enfoques que, contradictoriamente, asocian a la desafiliación tanto con el aislamiento social como con la conformación de ‘comunidades desviadas’. La calle ha sido descrita como un espacio de alienación, donde sentidos contradictorios moldean las sociabilidades y afectan las orientaciones cognitivas de los sujetos. En las PSH se observa una tensión nunca resuelta satisfactoriamente entre cooperación y desconfianza. Por un lado, la gente se necesita mutuamente para hacer más llevadera la cotidianidad. En particular, se han destacado dos factores como esenciales en la conformación de un sentido de comunidad: la búsqueda de protección mutua ante la inseguridad nocturna, y la urgencia por satisfacer otra necesidad básica, como es beber varios litros de vino por día para quien corre el riesgo de padecer el síndrome de abstinencia⁵.

Simultáneamente, existe una fuerte predisposición a distanciarse de las demás PSH. Si el espacio de degradación obliga a ciertas formas de cooperación, también genera la necesidad de desligarse de quienes afrontan el estigma inherente a la condición de ‘sin hogar’. Numerosos *homeless* han sufrido agresiones físicas, han sido robados o humillados en más de una ocasión, y a veces el victimario es otra PSH. La calle es un ámbito donde opera el ‘sálvese quien pueda’, donde reina la desconfianza, incluso hacia las demás personas que integran el mismo grupo. Además, si en el pasado un hermano, la pareja o un padre nos han traicionado, ¿por qué no sospechar de quien es tildado como un ‘vagabundo’? De tal modo, son pocos los que se autoidentifican como un ‘sin techo’ o un ‘sin hogar’. Los residentes en Ópera pueden pasar juntos las 24 horas en la plaza, pero al hablar de sí mismos construyen un relato donde buscan preservarse. Para ello, reproducen los estereotipos sociales que menosprecian a ‘los sin techo’ y sacrifican a sus compañeros de desgracias. Aunque no sea más que en el plano discursivo, prevalece el esfuerzo por distanciarse de las demás PSH (Snow y Anderson, 1993). Esta actitud atenta contra la solidaridad entre quienes padecen las formas más extremas de exclusión, disminuye las posibilidades de conformar un colectivo, de apelar a una identidad común que una las voces fragmentadas, reivindicando los derechos que se les niega en tanto ciudadanos.

⁵ Resaltar estos aspectos no debe pasar por alto la voluntad de socializar, de escapar a la soledad, como otro elemento vital en las diversas formas que se expresa el intercambio social. Las prácticas de las PSH, como las de cualquier otro grupo social, no pueden ser limitadas a un aspecto utilitario.

El panorama trazado es el de una relación ambigua que oscila entre la aproximación y la distancia, lo cual supone relativizar la identificación de ‘los excluidos’ como integrantes de ‘comunidades de desafiados’. Existen códigos propios del contexto de calle y del grupo específico de *homeless* que apuntan a una convivencia más armoniosa. Sin embargo, suelen ser mínimos y no siempre son respetados. No se trata de una organización compleja y amplia de reglas con su correspondiente régimen de sanciones; dichos códigos no deberían conducirnos a concluir que nos encontramos frente a un mundo social paralelo que se rige por un sistema normativo propio. Suele ocurrir que los códigos, al responder a las necesidades típicas de quienes residen en la calle, entren en tensión con las normas sociales hegemónicas. La vía pública fuerza a sus habitantes a transgredir, a saltarse ciertos preceptos. Pero ello no significa que las PSH vivan en un mundo aparte con reglas propias. Por el contrario, y pese a la estadía prolongada en el sinhogarismo, en la mentalidad de esta gente continúan operando los valores que rigen al conjunto social. De hecho, llama la atención los esfuerzos que realizan por destacar su propia dignidad en tanto ciudadanos que acatan la ley, que valoran la familia, o que conciben al trabajo como sinónimo de dignidad. La imposibilidad de respetar los valores sociales predominantes suele ser motivo de malestar.

Pero la estadía prolongada en la situación de calle deja huellas irreparables, y muchas personas terminan atrincherándose en el sinhogarismo (La Gory *et al.*, 1991). Algunas llegan a sostener que la vía pública, el sitio en concreto donde residen, es su hogar. Otras, y éste es el caso más común, niegan rotundamente dicha posibilidad. No obstante, esta gente muestra una dificultad enorme a la hora de trazar un límite claro entre calle y hogar. Cuando consiguen un techo bajo el cual refugiarse, vuelven a la plaza a visitar a ‘los colegas’, pues allí se localizan sus lazos sociales más importantes. Es en los alrededores de la plaza donde continúan ganándose la vida a partir de las diversas maneras en que se expresa la economía informal. Es en Ópera donde saben que tienen la posibilidad de beber pese a no disponer de dinero. Las experiencias previas los han advertido de los golpes de fortuna, y cuando encuentran una vivienda se muestran inseguros, sospechan que en poco tiempo todo se derrumbará y acabarán nuevamente en la plaza. En definitiva, cuando consiguen una casa no logran transformarla en un hogar. De tal modo, los años de socialización en la vía pública llevan a que sea difícil escapar de la exclusión extrema, pero más duro aún resulta no reincidir en la situación de calle.

De las visiones del desafiado como un ser sin ligaduras sociales ni arraigo territorial, surgen otros supuestos. Una de las particularidades de las PSH consiste en haber sido históricamente asociados con el nomadismo, con la ‘pobreza errante’. Así, la condi-

ción de sin hogar parecería equivaler a una predisposición hacia la vida trashumante, a una pulsión hacia los caminos. Existen sujetos que realizan una feroz crítica a las formas predominantes de organización social, por lo general basadas en instituciones que precisan del sedentarismo para su correcto funcionamiento. Esta gente asocia la movilidad incesante con cierta sensación de libertad. Pero se trata de casos aislados, de personas que, por lo general, comenzaron a pensar de tal manera luego de años de trajinar y acostumbrarse a la calle. Debemos desconfiar de los relatos que explican la situación de calle como una devoción por la vida nómada. Por un lado, suelen aportar una visión simplista y romántica de un fenómeno que quienes lo experimentan en carne propia suelen vivir como dramático. Por el otro, suelen ser motivo de autoexculpación para una sociedad que prefiere mirar hacia otro lado.

En el presente madrileño, la exclusión de las PSH se asocia, entre otras cuestiones, con un proceso de movilidad forzada. Ciertos espacios de la ciudad poseen valor económico, comercial, simbólico, político, lo cual genera que distintos actores aboguen por la erradicación de los *homeless* de dichas zonas. Afirmar que existan redes territoriales no equivale a esbozar un cuadro de vida barrial idílica. La mayoría de los vecinos deciden ignorar o mostrar su desprecio ante la presencia de *homeless* en lo que consideran 'su barrio'. Es entonces cuando se conforman las organizaciones de vecinos que presionan a las administraciones locales para que expulsan a las PSH de las zonas donde residen. El poder de turno responde con medidas que suponen transformaciones en el mobiliario urbano, operaciones arquitectónicas que autores como Mitchell (2003) han denominado como 'barreras *antihomeless*'. En Madrid, tales medidas se expresan a través de rejas que impiden el uso de un soportal, o la sustitución de bancos de plaza donde era posible extenderse por bancos donde sólo es posible permanecer sentado, por ejemplo. En la relación entre sinhogarismo y espacio público, los discursos oficiales cada vez más tienden a argumentar en términos de 'usos inapropiados' del espacio público. Surgen voces que reclaman rescatar a los barrios de la degradación expulsando a 'los indeseables'. Tales discursos añoran la belleza perdida de unas calles ahora dominadas por el triste espectáculo de la miseria. Cuando esto ocurre, el sinhogarismo pasa a ser leído en clave de 'panorama'; el problema es su visibilidad. Y para legitimar dichos discursos expulsivos, las formas en que se define el espacio público adquieren notable centralidad.

Por otra parte, a modo de hipótesis se sostuvo que las pautas de movilidad promueven distintas formas de experimentar el proceso de sinhogarismo: quienes se decantan por el sedentarismo suelen basar su cotidianidad en las redes sociales que tejen en el barrio —más allá de que suelen ser obligadas por las fuerzas de seguridad a moverse de un sitio al otro

como condición de permanencia en el espacio público—. Por el contrario, las PSH más nómadas adoptan un patrón espacial fragmentado y toman la plaza Ópera como uno de los tantos territorios importantes en sus vidas. La elección de una u otra forma de sinhogarismo y movilidad implica diversas tácticas materiales de subsistencia, así como distintas maneras de afrontar el estigma ligado con la condición de 'sin hogar' (Wolch y Rowe, 1992).

Otro de los supuestos asociados con la desafiliación es el de la vagancia y apatía. No debemos olvidar que más de un sujeto reside en la calle pese a estar trabajando, y que muchos buscan empleo de forma infructuosa⁶; ambas cuestiones deberían hacernos replantear el modo en que está funcionando el mercado de trabajo. Incluso los teóricos que señalan al mercado de trabajo como el origen de los procesos de desafiliación adoptan a veces una lógica similar. Al asumir una visión institucional y oficial del trabajo, identifican al 'sin hogar' con el desempleo, sin considerar las prácticas de economía informal mediante las cuales subsisten diariamente. En Ópera, tratándose de gente deteriorada físicamente, la mayoría ha aceptado que no tiene posibilidad alguna de ser bien recibido por el mercado formal de trabajo. Pero su desempleo no necesariamente es sinónimo de pasividad. Es gracias a su propio esfuerzo que se sostienen en pie día a día, pese al contexto hostil que los rodea. Bajo el término de 'chapuzas' pueden incluirse actividades tan dispares como la mendicidad, vender lo que se obtiene de la basura, ayudar ocasionalmente a descargar mercadería de un camión o revender entradas de eventos culturales o deportivos. A pesar de que dichas prácticas difícilmente les permitan superar exitosamente la situación de calle, constituyen los mecanismos más apropiados para hacer frente a las adversidades propias del entorno de exclusión donde les ha tocado vivir⁷.

De los supuestos sobre la desafiliación propuestos por Bahr (1973) en su explicación del sinhogarismo, el único confirmado plenamente en la investigación es el que apunta al estigma y la falta de poder. Dicha falta de poder se vincula con los límites

⁶ Según el Instituto Nacional de Estadísticas (INE, 2005) el 75,7% de las PSH son paradas; es decir, para un 14,3%, poseer un trabajo no ha garantizado el fin de la situación de calle. Entre los parados, nada menos que un 49,6% se encuentra buscando trabajo.

⁷ En el caso de Ópera, el sinhogarismo guarda relación con la forma en que se combinan la edad y los trabajos no cualificados. A ello hay que sumar la inmigración como una población que compite por los mismos nichos ecológicos. Asimismo, sería preciso reflexionar sobre los programas de reinserción laboral, los cuales suelen operar destacando la personalidad del sujeto, reencauzando sus pautas de socialización en el marco del empleo. No es tan frecuente, en cambio, que en dichos programas se medite en torno a los modos en que actualmente está operando el mercado de trabajo. Quien no tome conciencia de cuáles son los resquicios que el sistema productivo reserva para los segmentos menos cualificados, no entenderá el porqué de tantos fracasos y negativas a 'reinsertarse' en el mundo laboral.

ambientales, con las constricciones propias de residir en un espacio público diseñado con fines y funciones sociales específicos. El origen de los estigmas que padece la PSH responde a verse forzada a realizar en el espacio público las actividades que la sociedad ha destinado al ámbito privado. Las definiciones normativas, los discursos que prescriben qué prácticas son correctas en el espacio público, delimitan el estigma de la PSH. Al orinar, beber o dormir en la calle, las PSH subvierten los valores dominantes sobre el espacio público, trastocan las representaciones hegemónicas sobre las conductas adecuadas en tales entornos. Los juzgamos o repudiamos, pues en el ámbito público uno no debería comportarse de tal manera. Pero entonces olvidamos que dichas personas carecen de un hogar, de un entorno apropiado donde desarrollar aquellas prácticas asociadas con la privacidad (Mitchell, 2003).

4. Reflexiones finales: posibles aportes de la antropología social a los programas de lucha contra el sinhogarismo

El presente apartado supone un esfuerzo por mostrar el potencial que posee el método etnográfico en lo que a los estudios sobre el sinhogarismo se refiere. En particular, la antropología supone el interés por destacar el ‘punto de vista nativo’ de los grupos con los que trabaja –las voz de los propios *homeless* no ha prevalecido a la hora de analizar cuestiones como el funcionamiento de los recursos sociales– y contextualizar las prácticas a partir de la observación participante en los espacios cotidianos –privilegiar la calle como eje de análisis–.

En tal sentido, el primer punto que se ha de mencionar es que en Madrid los recursos sociales para PSH se caracterizan por haber sido privatizados, terciarizados y por una tradición confesional, lo cual tiene sus consecuencias. La administración pública ha delegado sus funciones de una manera tan brutal, que muchas veces los servicios sociales terminan operando como microcosmos. El Estado no se ha encargado de centralizar a las diversas entidades; en ocasiones, ni siquiera logra imponer criterios básicos a unos servicios que financia, pero que no gestiona. Así, se despilfarran esfuerzos y las intervenciones son ineficientes. La falta de coordinación tiende a ‘cronificar’ a una PSH que, para lograr satisfacer la subsistencia cotidiana, se ve forzada a transcurrir su día moviéndose de una punta de la ciudad a otra. Los *homeless* interpretan esta situación a su modo: señalan la arbitrariedad de unos servicios sociales que son percibidos como un bingo, en el cual existen pocas posibilidades de salir airoso.

En segunda medida, el proceso de terciarización y privatización se rige por la lógica de las licitaciones. La empresa que pasa a hacerse cargo de la gestión de los servicios es aquella que ‘logra’ satisfacer los

requisitos indispensables a un menor costo económico. A la mercantilización de ‘lo social’ hay que sumar la presencia masiva del voluntariado, que es inversamente proporcional a la cantidad de profesionales contratados. Con su buena voluntad, esta gente posibilita que el Estado se ahorre una enorme cantidad de dinero, y muchas veces terminan realizando de mal modo las tareas que deberían estar destinadas a psicólogos y trabajadores sociales –lo cual demuestra hasta qué punto los servicios están funcionando como simples parches dedicados a lo más básico, la alimentación y un techo bajo el cual refugiarse⁸–.

Señalan la arbitrariedad de unos servicios sociales que son percibidos como un bingo, en el cual existen pocas posibilidades de salir airoso

Por otra parte, los servicios sociales suelen funcionar con la rigidez de cualquier otra institución burocrática. Es común que los empleados de tales centros destaquen el rechazo de los *homeless* hacia los recursos, sin detenerse a meditar si éstos son adecuados para las necesidades de la población sin hogar. Dos lógicas contradictorias chocan en un mismo espacio: la burocrática –estructurada e inflexible–, y la de las PSH –cuyas vidas se caracterizan, justamente, por una incertidumbre constante–. Para tener un mayor éxito en los programas de intervención social, sería preciso una mayor flexibilidad institucional: que no siempre la PSH deba adecuarse al servicio, sino que también las entidades sean capaces de amoldarse a las exigencias de una población que tiene requisitos específicos, producto del espacio de exclusión donde residen. En ciertas cuestiones, los recursos parecen haber sido diseñados por y para unos funcionarios que no conocen las dinámicas propias de la calle. Un ejemplo: da la sensación de que muchos horarios han sido dispuestos en función de la comodidad de los empleados, antes que buscando facilitar la vida de las PSH. De tal manera, los *homeless* se quejan de que deben almorzar a las doce del mediodía, y que para ello deben comenzar a formar cola para obtener el número indispensable para ingresar en el comedor unas dos o tres horas antes. Así, una actividad básica como es alimentarse le lleva la mañana entera a la PSH. Los recursos

⁸ El peso del voluntariado es tan significativo que en agosto, cuando esta gente se marcha de vacaciones, muchos recursos deben cerrar sus puertas, pues no cuentan con personal disponible. Consecuentemente, las PSH no encuentran un baño público donde ducharse, quienes se alojan en un albergue deben pasar el mes en la calle, etc.

‘cronifican’, pues fuerzan a que el tiempo que podría ser dedicado a la ‘reinserción’, a la búsqueda de un empleo, sea malgastado en la subsistencia.

Crear espacios de consignas podría ser de utilidad para las PSH. Viviendo en la calle, es común que los *homeless* pierdan sus pertenencias, o que se las roben. Muchas PSH han extraviado su documentación, y así luego tienen dificultades para buscar empleo o gestionar una renta mínima de inserción. Las consignas serían un sitio ideal para preservar sus bienes y papeles personales. La PSH podría despreocuparse de sus pertenencias, y ello facilitaría sus traslados y garantizaría el derecho a la movilidad. Las consignas también podrían actuar a modo de una dirección donde la gente reciba correspondencia. Si dicho espacio preservarse el anonimato no haciendo alusión a una institución para *homeless*, también sería de interés para las PSH que acuden a una entrevista laboral sin saber qué dirección proporcionar.

Sería importante generar programas de ayuda a los traslados. Moverse muchas veces es sinónimo de buscarse la vida, de un interés por mejorar, de que la persona no se ha dejado ganar por el autoabandono y la desidia. Subvencionar el coste de los transportes, que significa el 22,6% del presupuesto de los *homeless* (INE, 2005), mejoraría su vida material y emocional, facilitaría la búsqueda de empleo, las visitas a los familiares y amigos, las actividades que en general guardan relación con la afiliación. Por el contrario, las formas de movilidad que se suelen fomentar desde el poder de turno pasan por los traslados forzados, los cuales atentan contra la autoestima de la persona, limitan sus posibilidades de sociabilidad, desestructuran sus redes barriales y obstaculizan sus tácticas de subsistencia.

En muchas ocasiones, los recursos que dicen promover la cohesión social contradictoriamente generan la desafiliación de las PSH. Sería importante crear albergues donde los *homeless* no se vean forzados a desprenderse de sus mascotas. Sus perros o gatos son una fuente afectiva vital para esta gente; prohibirles el acceso a un centro de acogida equivale a forzarlos a elegir entre un techo o un afecto. Si los recursos contasen con un sitio donde dejar a los animales, entonces más personas aceptarían acceder a los servicios sociales. Además, los albergues se organizan según una división de género, en la cual no hay cabida para las parejas o las relaciones sexuales. Esta situación se acentúa en unos servicios que mayormente son administrados por diversas confesiones religiosas. Negar el derecho a la intimidad, a disfrutar de la sexualidad, es otro síntoma de cómo los recursos apuntan a lo más básico, a la alimentación y al cobijo. Más de una pareja sin hogar se decanta por la calle, pues acudir a los albergues significaría perder lo más valioso que poseen: la compañía mutua. Por último, sería

importante la creación de albergues en los municipios más pequeños de la Comunidad de Madrid. La desafiliación de las PSH remite a que mucha gente vive en pueblos que no disponen de recursos; así, sus redes locales se rompen cuando se ven obligados a trasladarse a Madrid buscando auxilio.

Para un mayor éxito en la lucha contra el *sinhogarismo*, resulta indispensable desarrollar el trabajo de calle. En la vía pública duermen muchos *homeless* que subsisten sin relacionarse con los recursos sociales –el 45,6% de las PSH se encuentra en dicha situación, según datos del INE del 2005–. Si las PSH no se aproximan a los recursos, entonces no será posible iniciar una intervención social que apunte a la ‘reinserción’. Es preciso reconocer que se han dado pasos en esta materia: los equipos de calle del Samur o el grupo de psicólogos de Salud Mental y Exclusión Social (SMES) apuntan en tal dirección. Pero las medidas adoptadas continúan siendo insuficientes. Faltan recursos, y tampoco se ha terminado de tomar conciencia de la necesidad de iniciar las intervenciones en el contexto de calle. Asimismo, reforzar el trabajo de calle supone detenerse en las redes que estos sujetos han elaborado con los comerciantes y residentes del barrio, las cuales deben ser tenidas en cuenta a la hora de planificar una intervención. Dichos vecinos pueden convertirse en importantes aliados para un trabajador social.

Al privilegiar el territorio como unidad de análisis, llama la atención la enorme diversidad que reina bajo lo que de manera simplista denominamos como *sinhogarismo*. Parte de los obstáculos que deben afrontar las propuestas de actuación residen en la dificultad por amoldarse a cada situación en concreto. Una mujer sin hogar tiene sus particularidades, un inmigrante sin papeles no demanda el mismo tipo de respuestas que un joven que ha sido expulsado de su hogar o que un toxicómano en situación de calle. No puede haber una única modalidad de intervención frente a una población tan dispar, y las estructuras rígidas tienen una enorme dificultad para adaptarse a dicha variabilidad. En particular, sería fundamental que las administraciones tuviesen la capacidad de generar distintos programas en función de los años que la PSH ha pasado en la vía pública. La estadía prolongada en el *sinhogarismo* trastoca las orientaciones cognitivas de los sujetos. A partir de entonces, los sentimientos de desconfianza generalizada, la pérdida de autoestima, las angustias e inseguridades se apoderan del individuo y difícilmente logran ser desterradas. Además, el sujeto reconstruye sus relaciones sociales en la calle; es en dicho medio donde se siente más seguro y sabe desenvolverse. Luego de años en la vía pública, iniciar un proceso de ‘reinserción’ se torna especialmente difícil y muy costoso en términos económicos. Los programas de lucha contra el *sinhogarismo* deberían ser capaces de detectar y actuar rápidamente cuando una persona

comienza a pernoctar en la vía pública, y para ello es necesario apostar por el trabajo en el terreno.

Respecto de las PSH que llevan más tiempo en la calle, vale la pena destacar que en Madrid sólo existe un centro de baja exigencia. Los albergues suelen condicionar la atención a requisitos que muchas PSH no logran cumplir: no ingresar ebrio ni haber consumido drogas, respetar los horarios de ingreso y egreso, entre otros. Para quienes son tildados como ‘crónicos’, la inflexibilidad de tales directivas es interpretada en términos de autoritarismo, de acciones que coartan su libertad. Dichas normativas generan la distancia de los *homeless* hacia las instituciones. Por el contrario, estas barreras institucionales se reducen a un mínimo en los centros de baja exigencia.

Al operar desde los recursos sociales y omitir las dinámicas específicas de la calle, los discursos oficiales sobre el *sinhogarismo* suelen reproducir las visiones desafiatorias. A los servicios se aproximan individuos aislados, mientras que en la vía pública prevalecen los grupos de PSH. Estos enfoques restan importancia a los procesos de reafiliación, y dicha actitud condiciona los modelos de intervención. Diseñados en función de una imagen estereotipada de los *homeless* como ‘sujetos solitarios’, sus fracasos en parte remiten a la idea de que es la sociabilidad la que refuerza la situación de calle. Las dinámicas espaciales y los grupos de PSH conllevan una cotidianidad donde el individuo se socializa en una lógica propia del contexto de calle. Repitémoslo: la dificultad de acabar con el *sinhogarismo* responde a que, de hecho, esta gente cuenta con vínculos. Por consiguiente, salir de la calle pondría en jaque sus redes materiales y afectivas. Si cambiásemos de registro y comenzásemos a pensar en términos de grupos de *homeless* y de la reafiliación en el contexto de calle, entonces deberíamos replantearnos los modelos de intervención actualmente vigentes.

En cuanto a los albergues y centros de acogida, deberían disponer de más plazas para garantizar que toda PSH cuente con la posibilidad de una cama donde pasar la noche. Pero resulta muy complicado iniciar un ‘proceso de reinserción’ en un entorno deprimente, en un albergue masificado que recuerda un depósito de personas. Sería más lógico apostar por muchos centros integrados por unas diez o quince PSH, en vez de unos pocos albergues desbor-

dados de *homeless*. Si hay algo que queda claro luego de más de tres años de trabajo de campo, es que es prácticamente imposible iniciar un ‘proceso de reinserción’ sin un sitio adecuado, sin un espacio que el *homeless* pueda identificar como un ámbito similar a un hogar.

Esta situación se expresa con especial virulencia en lo que refiere a los tratamientos contra las adicciones. Respecto del alcoholismo, en Madrid no existen dispositivos específicos para *homeless* que trabajen esta cuestión. Las PSH que intentan dejar de beber asisten a los cursos de Alcohólicos Anónimos. Al final de cada sesión, la gente que disfruta de un domicilio vuelve a sus casas, y sus familiares los apoyan con el tratamiento. Por el contrario, la PSH debe retornar a la calle o al albergue donde se hospeda, en medio de un clima desmoralizante donde los cartones de vino giran de mano en mano. En sitios como la Plaza Isabel II, es evidente que no se acabará con el *sinhogarismo* si paralelamente no se afronta la situación de alcoholismo. En tal sentido, no queda otra posibilidad que abordar el problema desde el terreno, desde la calle. Además, hay que tener en cuenta que los programas de desintoxicación implican alejarse de los sitios asociados con la bebida. Como se afirmó anteriormente, en Ópera ello equivaldría a la soledad del sujeto, a cortar con sus redes de subsistencia material y emotiva.

Para terminar, sería básico fomentar formas alternativas de alojamiento. El Estado debería subvencionar las pensiones económicas y contar con más pisos protegidos, por ejemplo. De acuerdo con las características de cada persona, con variables como el tiempo de estadía en la calle o la edad, cada ámbito residencial puede suponer diversas ventajas o límites de cara a iniciar un ‘proceso de reinserción’. Lo básico es que la PSH pueda apropiarse de estos espacios, que pueda personalizarlos, que los sienta como un sitio que le garantiza intimidad y donde puede recibir a sus visitas, un ambiente donde encuentra estabilidad. Lo fundamental pasa por que la persona no se sienta amenazada, no perciba el sitio como algo temporal donde el futuro está siempre asociado con la calle. Cuando se hace alusión a la voluntad de estas personas de permanecer en la calle, se omiten las posibilidades limitadas que se les presentan en sus opciones. Lo que los *homeless* rechazan no es un hogar, sino las plazas que actualmente se les ofrecen en los albergues.

Bibliografía

- AUTÉS, M. (2004): "Tres formas de desligadura", en KARSZ, S. (coord.): *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*, Barcelona, Gedisa, págs. 15-54.
- BACHILLER, S. (2008) *Exclusión social, desafiliación y usos del espacio. Una etnografía con personas sin hogar en Madrid*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid [tesis doctoral inédita, disponible en <hdl.handle.net/10486/1900>].
- BAHR, H. (1973): *Skid Row: An Introduction to Disaffiliation*, Nueva York, Oxford University Press.
- CABRERA CABRERA, P. J. (1998): *Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas.
- CASTEL, R. (1997): *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA *Encuesta sobre Personas sin Hogar -EPSH 2005* [disponible en <www.ine.es>].
- KOEGEL, P. (1998): "La perspectiva antropológica como enfoque diferente de los enfermos sin hogar", *Intervención Psicosocial*, vol. 7, págs. 27-46.
- LA GORY, M.; FERRIS, J. R.; y FITZPATRICK, K (1991): "Homelessness and affiliation", *Sociological Quarterly*, vol. 32, págs. 201-218.
- LIEBOW, E. (1993): *Tell Them Who I Am. The Lives of Homeless Women*, Nueva York, Penguin Books.
- MITCHELL, D. (2003): *The Right to the City: Social Justice and the Fight for Public Space*, Nueva York, Guilford Publications.
- MUÑOZ, M.; VÁZQUEZ, C.; y VÁZQUEZ, J. J. (2003): *Los límites de la exclusión. Estudio sobre los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid*, Madrid: Témpora y Caja Madrid.
- PAUGAM, S. (2007): *Las formas elementales de la pobreza*, Madrid, Alianza.
- ROSENTHAL, R. (1994) *Homeless in Paradise. A Map of the Terrain*, Philadelphia, Temple University Press.
- SÁNCHEZ MORALES, M. R. (1999): "Las personas sin hogar en España", en TEZANOS, J. F. (dir.): *Tendencias de desigualdad y exclusión social*, Madrid, Sistema, págs. 617-642.
- SHLAY, A. B.; y ROSSI, P. H. (1992): "Social science research and contemporary studies of homelessness", *Annual Review of Sociology*, vol. 18, págs. 129-160.
- SNOW, D.; y ANDERSON, L. (1993): *Down on Their Luck. A Study of Homeless Street People*. Los Angeles, University of California Press.
- SPRADLEY, J. P. (1970): *You Owe Yourself a Drunk. An Ethnography on Urban Nomads*, Illinois, Waveland Press.
- WOLCH, J.; y ROWE, S. (1992): "On the streets: mobility paths of the urban homeless", *City and Society*, vol. 6, nº 2, págs. 115-140.